

CANTO RODADO
ANA GAITERO

ÉTICA Y ESTÉTICA

Ir en tren a Ponferrada es disfrutar de un espectáculo paisajístico. Tras atravesar el Manzanal, ese inmenso lazo ferroviario que salva las viejas montañas, la belleza se asoma a las ventanas del convoy por mucho que la Renfe no se haya esmerado en limpiar sus cristales. La estampa nevada de la Aquiana y El Morredero en esa pequeña cordillera que, si se mira bien, parece una mujer tumbada con su melena extendida, pone la guinda al viaje.

Ir en tren al Bierzo, aunque sea en un regional, es también un paseo por la provincia vacía que ha quedado como resto de la liquidación de la minería. Pueblos con el tiempo detenido donde no paran los trenes. Casas cerradas que toman el sol de la primavera adelantada con la esperanza de que alguien vuelva a abrirlas... Tal vez en verano o el próximo fin de semana.

Los antiguos muelles de carbón exhiben sus huesos deshechos, a punto de autoenterrarse en la montaña. Escombreras aquí y allá, negro sobre verde entre La Granja y Bembibre, y aún más allá, en Igüeña, retratan la vida pasada del carbón y el silencio que habita las cuencas colgado de la línea de baldes que aún se conserva en Brañuelas.

El tren, a su paso por los estrechos túneles del lazo, parece un fantasma. La tierra que abrió sus entrañas para dar calor y energía a media España o más, ahora está al margen de la alta velocidad y de las regalías del progreso. Claro que si van a hacer lo mismo que con los túneles de Pajares, mejor que lo dejen como está.

En Ponferrada nos esperaban un puñado de mujeres y algunos hombres en la Biblioteca Pública para ver el documental *Joana Biarnés, una entre todos* una fotoperiodista pionera olvidada y cuya memoria ha sido rescatada por dos jóvenes que recurrieron al micromecenazgo para financiar parte de la cinta. A Juanita Biarnés le abuchearon y le mandaron a fregar platos en un campo de fútbol en los años 60. El



ENTRE LA BELLEZA DE UN VIAJE EN TREN A PONFERRADA, LA LUZ SOBRE UNA FOTÓGRAFA OLVIDADA Y UN PRESIDENTE DEL GOBIERNO SIN RESPETO Y SIN VERGÜENZA

árbitro paró el partido porque no veía bien que una mujer retratara a los futbolistas. Se coló en el avión que trajo a *The Beatles* a Madrid y logró entrar en la habitación de su hotel en Barcelona. Sus exclusivas animaron durante años las páginas de Pueblo. Fundó una agencia de fotografía con otros colegas...

Cuando en los años 80 quiso publicar un reportaje sobre un hombre que había superado el cáncer y le dijeron que «eso no vende», «lo que vende es esto», o sea, la vida de famosos y famosas en el papel couché, colgó la cámara y abrió un restaurante en Ibiza.

Triunfó la ética. Y la estética. Y también el olvido. Gracias al documental y a pesar de que una enfermedad degenerativa limita su visión al 30%, Joana Biarnés ha vuelto a coger su cámara y a disparar con el corazón. Como hizo siempre.

A día de hoy, en el mundo, sólo el 37% de las historias que se publican en los medios de comunicación de masas son firmadas por mujeres. Por más que nos empeñemos en decir que personalmente no hemos sido discriminadas —yo no lo diría tan tajantemente— hay una brecha de género en los relatos, en las miradas... que nos muestran esas pequeñas ventanas del mundo que son las noticias. El reto del 50-50 para 2030 también atañe a la información; a quienes la hacen y a quienes la protagonizan.

Más allá del género y del 8 de marzo, el presidente del Gobierno protagonizó el viernes otra de sus andanadas con la prensa al cortar a un periodista de la BBC que le quería hacer una pregunta sobre el brexit en inglés. Ninguna asociación de periodistas se ha quejado por la falta de ética y estética de Rajoy. Parece que la dignidad sólo se defiende según de quién vengan las vejaciones o amenazas. Sin respeto y sin vergüenza, el presidente deja en ridículo a su país (y a los colegios de pago en los que se [mal]educó). Si no sabe inglés, que le traduzcan.

VANESSA
CARREÑO

PONIENDO LÍMITES

Hay quien no ha aprendido a poner límites. Quien, cuando otros le tratan mal o le faltan al respeto, se calla o responde con agresividad porque no se atreve a decir «¡basta!». Puede que tenga miedo al rechazo de los demás, que no se sienta merecedor de un trato mejor o que simplemente no sepa cómo pedirlo. Sea lo que sea, lo que está claro es que cuando algo así se mantiene en el tiempo la persona deja de valorarse y de respetarse a sí misma, como consecuencia de no estar haciéndose respetar por los demás.

Entonces, ¿qué hacer cuando uno llega a este punto? Pues, lo primero, comprender que todos tenemos derecho a que los demás nos respeten, pero que muchas veces sólo podremos disfrutar de ese derecho si lo pedimos. Al menos, así, sentiremos que nos estamos respetando a nosotros mismos.

Y, dicho esto, si no quiere volver a permitir que alguien traspase sus límites, aquí tiene unas cuantas claves:

—No se calle nunca. Cada vez que lo



hace le está diciendo a esa persona que tiene derecho a tratarle así.

—Tenga claro hasta dónde llegan sus límites. No puede ponerlos si no sabe dónde están. Párese a reflexionar sobre lo que está dispuesto a tolerar y lo que no.

—Comuníquelo con tranquilidad. Una vez que tenga claros sus límites, hágase saber al otro de una forma tranquila. Por ejemplo, «cuando me hablas así no me siento respetado. Me gustaría que pudiéramos hablar tranquilos y para eso te pido que dejes de gritarme». Y recuerde que esto no es una competición, sino una conversación que debería basarse en el respeto mutuo.

—Invítele a reflexionar sobre su comportamiento. Pregúntele si hablarle así le hace sentir bien y si no podría decirle lo mismo de otra forma. Y, si las aguas no se calman, pídale aplazar la conversación para otro momento.

Recuerde que no está en su mano elegir cómo van a tratarle los demás y que lo único que depende de usted es su respuesta cuando alguien le grita o le falta al respeto. Usted elige si aprovechar esa oportunidad para crecer y superarse, o no hacerlo.

www.coachingtobe.es



SI, BUENO...HOMBRE

JUAN
GÓMEZ-JURADO

Me cuenta mi amigo Manuel Souto, atento observador de lo cotidiano, que en Vigo vivía hasta hace poco un curioso personaje. El hombre, delgado, calvo y harapiiento, se colocaba en una concurrida y céntrica esquina y apoyaba las manos contra la pared, empujando con todas sus fuerzas durante horas. Los transeúntes se quedaban asombrados al verle, pero se asombraban más al preguntarle qué hacía. «Estoy haciendo girar el mundo», respondía el empujador. Muchos jóvenes que volvían de fiesta se unían al hombre en su empeño durante un rato, para aliviarle un poco tan titánico esfuerzo. La pregunta clave, por supuesto, era por qué se empeñaba en hacer girar el mundo. El hombre respondía: «Porque si

dejo de empujar nos caemos todos al espacio. Por la fuerza centrífuga, hombre». Y te miraba con estupor, como si fueras un ignorante. Meneaba la cabeza y empujaba más fuerte aún. A mí este señor me recuerda un poco a otro gallego, nacido en Santiago de Compostela pero que todo el mundo cree que es de Pontevedra. Estaba el viernes el bueno de nuestro presidente en Bruselas contestando preguntas de los periodistas, hasta que uno —de la BBC, el pobre— tuvo la desfachatez de preguntarle en inglés. Don Mariano, que es bonachón y de paciencia comprobada casi siempre, no tuvo en esta ocasión hechuras. Con un «Sí, bueno, hombre, no estamos aquí para » y un «siguiente pregunta» despachó al descarado. Ni un «is very difficult todo esto» le dedicó.

Más allá de la anécdota, el desconoci-

miento de un idioma como el inglés tendría que ser anatema en cualquier persona en un cargo de responsabilidad. ¿Cómo es posible que cualquier camarero de Portugal hable un inglés fluido, que cualquier escolar de Dinamarca lea el inglés con la misma soltura que su lengua materna? La respuesta la encontramos en la transmisión de la cultura.

Hay un motivo por el que el franquismo apostó tan fuertemente por el aislamiento cultural e idiomático. Teníamos muchos para cambiarlo, y hoy tenemos uno más: para no hacer el ridículo. O al menos para no creer, empujando nuestra esquina del mundo, que este gira según nuestros designios y apetencias, como aquel hombrecillo vigués del primer párrafo, sobre cuyos hombros reposaba nuestra salvación.